

sido llamados al ejército, como ellos por su parte lo habían solicitado, no habrían hecho traición al emperador.

Por desgracia para ellas, todas las dinastías se han desterrado mutuamente. El primer Imperio proscribió á los Borbones; la Restauración á los Bonapartes; la monarquía de Julio proscribió á la vez á los Bonapartes y á los Borbones de la rama mayor; el segundo Imperio á los Borbones de las dos ramas. Cada dinastía ha sufrido la pena del talión: á cada una de ellas se le puede decir: «Sufre la ley que promulgaste.» *Patere legem quam tulisti*. Luis Bonaparte incluyó en su proclama de candidato á la presidencia de la República esta acertada frase: «Yo que he conocido el destierro y el cautiverio hago fervientes votos por que llegue el día en que la patria pueda hacer cesar sin peligro todas las proscripciones y borrar hasta las últimas huellas de las discordias civiles.» ¿Por qué Napoleón III, que al principio de su reinado no tenía nadie á quien temer, se olvidó de las palabras de Luis Bonaparte?

X

EL EMPERADOR NICOLÁS

En los momentos en que Francia creía haber inaugurado un período de prosperidad absoluta, se formaba una tempestad en el otro extremo de Europa. La avenencia de dos hombres habría bastado para mantener la paz del mundo, y hubiera hecho que la causa de la civilización general diera pasos de gigante; pero la mala inteligencia que los dividió debía dar lugar á incalculables catástrofes.

Estamos persuadidos de que si los dos hombres aludidos hubieran hablado á solas unos cuantos minutos, se habrían podido ahorrar á la humanidad las hecatombes que han ensangrentado los promedios del siglo XIX.

El emperador Nicolás, nacido el 6 de julio de 1796, tenía cincuenta y seis años en el momento en que Napoleón III subió al trono. El soberano de Rusia estaba entonces en el apogeo de su prestigio y de su poderío. Su estatura gigantesca, su mirada de fuego, su aire marcial é imponente revelaban en él al domador de pueblos. Se consideraba como el delegado de Dios en la tierra, el campeón de la legitimidad, el sostenedor de los tronos, el vencedor de la revolución, el Agamenón de los monarcas. Criado con rudeza en su infancia por el general Lambodorff, era severo para los demás, pero duro para sí mismo. Había dado á San Petersburgo el aspecto de un campamento. Hasta los cadetes de siete años vestían uniforme y llevaban casco, y se cuadraban gravemente ante los oficiales que pasaban por la calle.

Desde su advenimiento al trono, el emperador Nicolás había manifestado una energía extraordinaria. El 26 de diciembre de 1825 salió solo del Palacio de invierno, y para llegar hasta su caballo, que no había podido acercarse, atravesó la muchedumbre de insurrectos hasta el sitio en que en la actualidad se halla la columna de Alejandro. «Durante este trayecto, dijo más adelante, apenas preveía cómo acabaría aquella triste jornada; pero tan luego como monté á caballo y dominé la muchedumbre, no dudé ya de su resultado.» En efecto, el tsar se encaminó en derechura á los soldados amotinados, y dirigiéndose al regimiento que prorrumpía en gritos sediciosos, dijo: «Este no es vuestro sitio, sino el de mis soldados fieles; debéis iros allí, entre los rebeldes; id, llevad allí vuestras armas.»

Y venció la sedición militar con este acto de decisión y valor.

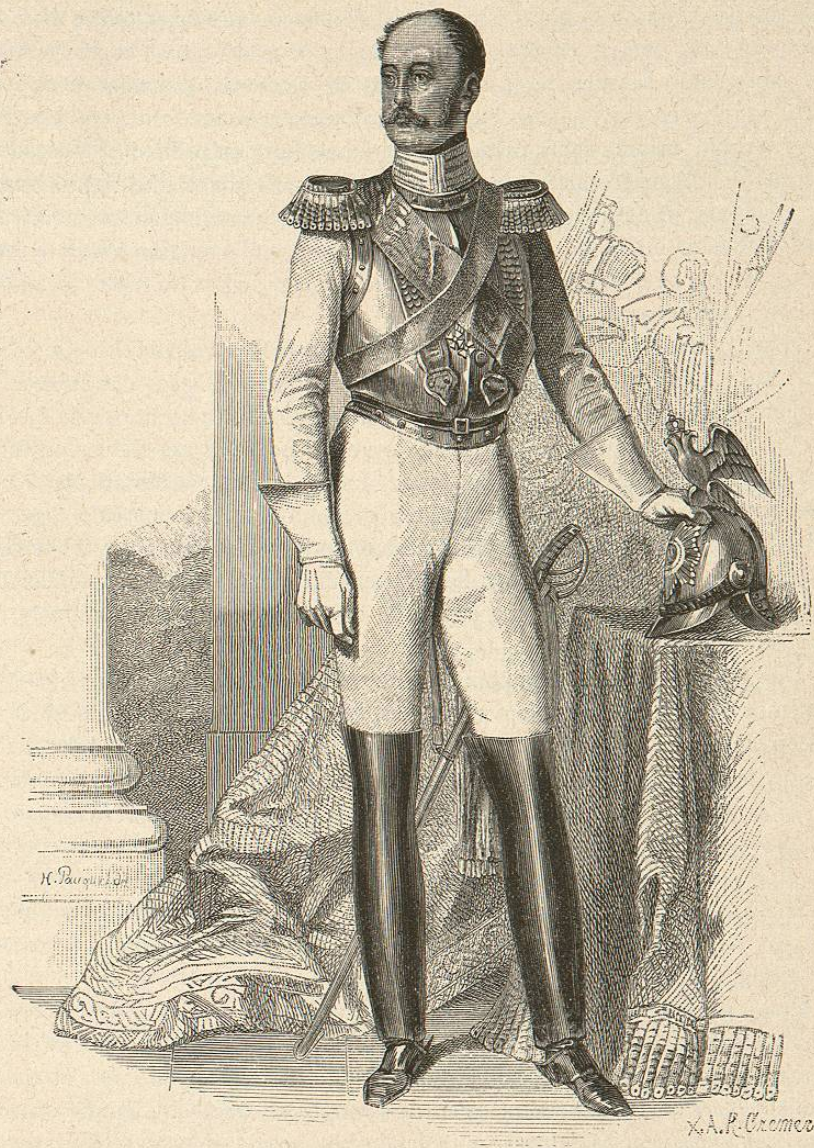
El intrépido monarca no mostró menos firmeza cuando se presentó el cólera en San Petersburgo en 1832. El pueblo se había amotinado y asesinado muchos médicos, creyendo que envenenaban á los enfermos por orden del gobierno. El tsar, acompañado del conde Orloff, se encaminó al punto adonde estaba aquella multitud furiosa. «¡Descubríos y de rodillas, gritó: y empezad por hacer conmigo la señal de la cruz, rogando á Dios que destierre la plaga en vez de atraer sobre nosotros su enojo con vuestros crímenes!» Luego, cuando el pueblo hubo obedecido, le hizo comprender su injusticia, su extravío, y le hizo entrar en razón.

Durante la crisis europea de 1848 y 1849, el emperador Nicolás se había erigido en defensor del orden social, en director, en Providencia de los soberanos.

Después de sofocar con la intervención armada de Rusia la insurrección de Hungría contra el emperador Francisco José, había reclamado de Austria una suma tan módica que ni siquiera bastaba para pagar los gastos de la campaña, queriendo demostrar así que el dinero no tenía ningún valor á sus ojos y que Rusia era bastante rica para no combatir más que por la gloria de sus armas y el triunfo de sus principios. El joven emperador Francisco José le había dicho en Varsovia, ante la estatua de Sobieski: «Ese fué el primer salvador de Austria: vos sois el segundo.» Y los dos monarcas se abrazaron. Cuando el tsar iba á Alemania, se presentaba más bien como soberano que como viajero, pues en la Confederación germánica contaba con una clientela sumisa y respetuosa.

En San Petersburgo, el emperador Nicolás se presentaba al pueblo de quien era ídolo, ora bajo un aspecto familiar, ora con majestuoso aparato. En un mismo día se le veía pasearse solo y á pie por las calles y regresar al palacio de invierno en el primer droschki que encontraba, y luego presidir una gran solemnidad dirigida por él con la más rebuscada y pomposa etiqueta. Autócrata hasta en las cosas más insignificantes, acontecíale en sus paseos ejercer él mismo las veces de polizonte; un día llevó á su cuartel un soldado que la noche anterior había salido de él sin permiso; otra vez encontró á un extranjero que fumaba tranquilamente en su presencia, y le dijo cortésmente: «Señor mío, paréceme que ignoráis las leyes de este país. Si tropezarais con un oficial de policía que os viera fumando en la calle, no lo pasaríais muy bien; por eso os aconsejo que tiréis inmediatamente ese cigarro.» Añádese que el extranjero se quedó después muy sorprendido al saber que la persona atenta que le había dado el aviso era el mismo emperador.

En la vida del tsar había una mezcla de fausto asiático y de sencillez militar. Tan magníficas como eran las cámaras de recepción en el palacio de Invierno, tan modesta era su cámara particular, que hemos visitado. Dormía en una estrecha cama de campaña de hierro, junto á la cual había un fusil de soldado y unas zapatillas viejas que la emperatriz le había bordado poco después



El emperador de Rusia Nicolás I. - Facsímile de un grabado de H. Pauque

de su casamiento. No sólo fué el hombre más apuesto de su imperio, sino también el más robusto. Decíase en 1853 que no había estado enfermo más que una sola vez durante su vida, y que en esta dolencia, que duró quince días, no consintió más que en echarse en un canapé, arropado con su capote militar. No conociendo la fatiga, no la comprendía en los demás, y siempre tenía á su corte en pie y en movimiento. De ordinario bueno y bondadoso, pero inexorable y terrible cuando debía castigar á un funcionario culpable ó prevaricador; susceptible de generosidad, pero dispuesto á los más extremados rigores cuando creía que su deber le ordenaba ser implacable, y considerándose como un gran justiciero instituido por la Providencia, veía en la religión misma la evidencia de que su misión como defensor del derecho divino y de la fe ortodoxa tenía un carácter sagrado.

¿Existía un abismo infranqueable entre el tsar y Napoleón III? No lo creemos. Rusia y Francia experimentaban mutuas simpatías, y los dos soberanos hubieran podido entenderse, pues Napoleón III no era de hecho aliado de los turcos. En su juventud quiso combatirlos bajo las banderas del emperador Nicolás, y escribió á su padre en 19 de enero de 1829: «He adoptado un gran partido, y espero que no lo desaprobáis, porque es demasiado digno y noble.... Deseo lo que no es decible emprender la campaña contra los turcos en la primavera próxima, como voluntario en el ejército ruso.» Con verdadera desesperación el joven príncipe supo que su padre rehusaba formalmente el permiso que se le pedía.

Una política que tendiera, como objeto principal, á la emancipación de los cristianos de Oriente no hubiera sido, pues, contraria á los antecedentes de Napoleón III; y por otra parte, no podía olvidar que el emperador Alejandro, hermano y predecesor del emperador Nicolás, había sido en 1814 amigo y protector de la emperatriz Josefina, de la reina Hortensia y del príncipe Eugenio de Beauharnais. Tampoco podía olvidar que en 1839 el emperador Nicolás concedió al duque Maximiliano de Leutchenberg, hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais, la mano de su hija querida, la gran duquesa María, y que esta princesa se valía de toda su influencia en la corte de su padre para obtener una cordial inteligencia entre Rusia y Francia.

Como presidente de la República, Luis Napoleón no había podido menos de elogiar al emperador Nicolás. Estaba representado en San Petersburgo por un ministro plenipotenciario, militar distinguido, perteneciente á una antigua familia de Gascuña, el general marqués de Castelbajac, que había sabido conciliarse las buenas gracias del tsar, obteniendo una acogida mucho mejor que la que se hizo á los representantes de Luis Felipe.

El golpe de Estado había producido buena impresión en San Petersburgo, y el general de Castelbajac escribió en 15 de diciembre de 1851 al marqués Turgot, entonces ministro de Negocios extranjeros, lo siguiente: «El emperador y el canciller del Imperio han acogido muy bien la noticia de los aconteci-

mientos del 2 de diciembre, pues ambos consideraban como enojosa para la consolidación de la tranquilidad en toda Europa la expectativa de los sucesos de 1852. Las proclamas del presidente de la República han confirmado al emperador Nicolás en la alta idea que tenía de la lealtad y del valor del príncipe.» Y en 1.º de enero de 1852 escribió: «El emperador no ha ocultado que todos sus deseos estaban en favor del príncipe Luis Napoleón, que á sus ojos prestaba un inmenso servicio á Francia y á Europa, amenazadas en un tiempo señalado por todas las tentativas reunidas del partido de la confusión y del desorden. S. M. ha hecho el mayor elogio de la conducta de nuestro ejército, diciendo que, como militar, era personalmente muy glorioso.»

El 29 de enero de 1852, el general Castelbajac, habiendo obtenido la víspera una audiencia del tsar, dió así cuenta de ella en un despacho dirigido al marqués Turgot: «El emperador me ha expresado los sentimientos más simpáticos para el príncipe Luis Napoleón, y la satisfacción política que le han causado las últimas medidas gubernamentales, la promulgación de la Constitución y más particularmente su preámbulo. En varias ocasiones me ha manifestado su admiración (es el término de que se ha servido) respecto á la franqueza, la rectitud de miras y la varonil elocuencia de ese importante documento.

»Por todo lo que acaba de hacer me ha dicho el emperador, el presidente de la República merece el agradecimiento de Francia y de la Europa entera. Ha visto la posición mejor que todos los políticos de los dos últimos reinados, mejor que nosotros, y si continúa exactamente su programa sin dejarse influir por ambiciones vulgares, se elevará de una vez sobre todos nosotros en la política y en la historia.»

A Luis Napoleón le habían conmovido, naturalmente, palabras tan lisonjeras para él, y creemos que en aquella época nada le habría sido más agradable que una alianza franco-rusa.

El 28 de septiembre de 1840, hablando elocuentemente ante la Cámara de los Pares, dijo: «Represento un principio, una causa y una derrota: el principio es la soberanía del pueblo, la causa la del Imperio, y la derrota Waterloo.» Comprendía muy bien que aquella derrota no podría vengarla jamás sin estar de acuerdo con Rusia, y por eso nos inclinamos á creer que hubiera preferido la alianza rusa á la inglesa; pero más tarde veremos que nada le entorpeció en la elección.

En 1852 tampoco descuidó nada para conciliarse la buena voluntad del emperador Nicolás. Envió á San Petersburgo, sin misión oficial y con carácter exclusivamente privado, á un francés que había sido caballero guardia en Rusia y del que el emperador Nicolás conservaba un buen recuerdo: era el barón de Heeckeren, y éste había dicho al tsar: «Señor, el emperador Alejandro, vuestro hermano, escribía á menudo á la reina Hortensia. Si el príncipe Luis Napoleón supusiese que os sería agradable poseer esas cartas, estoy persuadido de que os las enviaría con gusto. — Ciertamente, contestó el emperador, me agrada tener

esas cartas de Alejandro, y agradeceré al príncipe su generoso proceder. Por lo demás, le conozco bien, y le he tenido sobre mis rodillas en la Malmaison, cuando con mi hermano Alejandro, á quien acompañaba, iba á visitar á la emperatriz Josefina y á la reina Hortensia. Repetidle bien que no me encontrará nunca entre sus adversarios.» Las cartas de la reina Hortensia fueron enviadas, y á partir de aquel momento comenzó una correspondencia muy cortés entre Luis Napoleón y el emperador Nicolás.

XI

EL TSAR Y EL IMPERIO FRANCÉS

El tsar manifestaba simpatías al presidente de la República francesa; pero no hubiera querido que Luis Napoleón llegase á ser Napoleón III. El general da Castelbajac escribía á M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, en 3 de septiembre de 1852: «Yo sé que cuando el emperador habla del príncipe lo hace siempre en los términos más afectuosos, pero seguidos siempre de alguna frase en que se trasluce, á pesar suyo, la inquietud. Es preciso, dice, que el príncipe no perjudique su posición, que continúe gobernando con buen juicio,» y otras varias expresiones cuya verdadera significación es que, á su modo de ver, el presidente no debe cambiar la forma de gobierno. El general añadía en el mismo despacho: «Somos poco simpáticos á las cortes del Norte; lo que se siente respecto á nosotros es una especie de temor y desconfianza.»

Es curioso observar que el emperador Nicolás no era favorable al conde de Chambord ni á los príncipes de Orleáns. Lo que hubiera deseado para Francia era el mantenimiento de la República. El general Castelbajac escribía en noviembre de 1852: «Si el emperador Nicolás no niega sus principios legitimistas, trata, sin embargo, con mucha ligereza al conde de Chambord y á los príncipes de Orleáns; considera á estos últimos como la revolución misma, y en cuanto al primero, aunque apreciándole y compadeciéndole, me ha dicho que le juzgaba, no solamente como imposible, sino como peligroso, y que si de él dependiera ponerle en el trono, se guardaría muy bien de hacerlo en el estado actual de Europa.»

En la misma época, el general, en una carta dirigida á M. Thouvenel, entonces director de política en el ministerio de Negocios extranjeros, se expresaba así: «El emperador admira al príncipe Luis Napoleón, y le considera como el salvador de Francia; pero cree él, que es soberano absoluto, que la República será aún largo tiempo el más poderoso dique para rechazar la oleada demagógica. A los hombres que no le conocen, y aun á los que le conocen, les parecerá extraño que nos aconseje la continuación de la República; pero cuando dice: «Conservaos en la República, fuerte y conservadora, y guardaos del Imperio,» da lealmente el consejo de un amigo que señala el riesgo y quiere alejarnos de él.»

En el fondo, lo que desagradaba sobre todo al tsar en el restablecimiento

del Imperio francés, era que veía en él una violación de los tratados de 1815, que habían impuesto á la familia Napoleón una prescripción perpetua, y un ataque á las tradiciones de la Santa Alianza, de la que él mismo se consideraba campeón. Una monarquía fundada sobre la elección y la soberanía nacional pareciale la negación del derecho divino, considerado por él como un dogma. Por otra parte, el soberano ruso tenía el presentimiento de que Luis Napoleón, una vez emperador, le disputaría su carácter de árbitro de Europa, y que el segundo Imperio francés no resistiría á la tentación de seguir las vías belicosas del primero.

Mal informado por su ministro plenipotenciario en París, M. de Kisseleff, y por algunas damas rusas, la princesa de Lieven, Mme. de Kalerghi, y la princesa Menchikoff, Mme. de Seebach, que se hallaban entonces en Francia, el emperador Nicolás se había imaginado que Napoleón III no podría tener más que una autoridad efímera, y que era imposible contraer una alianza formal con él. El tsar había juzgado á la Francia imperial según lo que se decía en París en los salones de la oposición, y le habían engañado á la vez su diplomacia oculta y su diplomacia oficial.

Sin embargo, cuando vió que todos los gobiernos reconocían el nuevo imperio, el soberano ruso se decidió á reconocerle también; pero con una restricción de puro detalle, ofensiva para Napoleón III. En vez de llamar al emperador de los franceses *mi buen hermano*, no le llamó más que «mi buen amigo.»

A Napoleón III le resintió esto; pero siempre dueño de sí mismo, tomó la cosa con calma. Sobre este punto se lee en la obra de M. Rothán, *Europa y el segundo Imperio*: «El 5 de enero de 1853, el emperador recibió al enviado de Rusia con gran solemnidad; tomó de sus manos la carta del tsar; pero en vez de entregarla intacta á su ministro de Negocios extranjeros, según costumbre, pues conocía su contenido por la copia figurada, rompió el sello, abrióla lentamente, y después de leerla con atención, rogó á M. de Kisseleff, con su voz más cariñosa, que diera afectuosas gracias á S. M. I. por su benevolencia, y sobre todo por la palabra *mi buen amigo* de que se había servido; pues, añadió, «si se toleran los hermanos, se eligen los amigos.»

M. Rothán añade á este relato lo siguiente: «Un agregado de la legación imperial, M. de Meyendorff, que asistía á la audiencia, me refirió un día que M. de Kisseleff, al bajar la escalera de las Tullerías, se detuvo de repente y le dijo, mirándole con aire confuso, como hombre que siente haber servido de instrumento para cometer una falta: «Decididamente es un caballero.»

Veamos ahora, según el despacho dirigido á M. Drouyn de Lhuys en 16 de enero de 1853 por el general Castelbajac, cómo fué recibido por el emperador Nicolás cuando le presentó las cartas que le acreditaban de ministro plenipotenciario del emperador de los franceses en la corte de Rusia.

Apenas el general fué introducido en el despacho del tsar, S. M. le salió al encuentro, y abrazándole, díjole con calor: «Me alegro mucho de que nues-

tros asuntos hayan terminado al fin; estoy agradecido al emperador Napoleón, y le doy gracias por haberos confirmado de nuevo en vuestro cargo cerca de mí, querido general. Me complazco en ver en ello una prueba de su amistad.»

El tsar recibió entonces las cartas credenciales; después despidió al maestro y al ayudante de ceremonias que habían introducido al general de Castelbajac, y según costumbre, habiéndole invitado á sentarse frente á él á su mesa de despacho, se entabló libremente entre S. M. y el general una conversación que duró cerca de una hora.

El general de Castelbajac: «Señor, me felicito con V. M. I. de la moderación y del alto juicio del emperador Napoleón, puesto que impiden que se comprometa el reposo de Europa, y le estoy muy agradecido en particular por haberme conservado en el desempeño de las funciones de confianza que ejerzo á su lado. Bien quisiera corresponder á esta confianza contribuyendo á reanudar la buena inteligencia, tan natural y útil, que debería existir entre nuestros dos países y que las últimas negociaciones han debido enfriar necesariamente.»

El emperador Nicolás: «El emperador Napoleón tiene ideas demasiado elevadas por su talento, su corazón y su carácter, para no juzgar sanamente así una situación como la suya, y espero que nuestra franqueza, nuestro mutuo aprecio, y hasta puedo decir mi viva simpatía por su persona, nos permitirán siempre conciliarlo todo. Siempre os lo he dicho, y os lo repito, querido general, que nadie aprobó tanto como yo, ni contribuyó más á que los soberanos, mis aliados, aprobasen el acto atrevido y hábil del 2 de diciembre y toda la conducta patriótica del príncipe Luis Napoleón. Si se tiene en mí la confianza que merezco, nadie tampoco se halla más dispuesto á prestar apoyo á sus medidas gubernamentales útiles y á todo cuanto pueda serle personalmente ventajoso. Pero atendidos todos los cambios políticos que he visto en Francia desde que ocupó el trono, ¿puedo yo prudentemente, como soberano, comprometerme con alguna probabilidad de duración en un porvenir que no será el suyo, ó que no resultará directamente de él? Creed muy bien, querido general, como ya os he dicho, que en mi pensamiento no entra para nada el conde de Chambord, á quien considero como imposible en Francia, y hasta como peligroso; pero soy leal y no quiero comprometerme sino á lo que puedo cumplir. Solamente Dios puede asegurar lo futuro.»

El general de Castelbajac: «Sí, señor, tan sólo á Dios le es dado asegurar el porvenir; mas los soberanos pueden garantizarle ó hacerle peligroso por actos que inspiren confianza ó desconfianza. Por fortuna, el emperador Napoleón tiene suficiente fuerza para ser moderado; piensa juiciosamente que un buen amigo vale más que un hermano dudoso, y estoy seguro de que puede contar con la lealtad bien conocida de V. M., así como con su concurso para todo cuanto sea útil al interés de ambos países y al interés general de Europa.»

El emperador Nicolás: «Mi confianza en el emperador Napoleón está asegurada desde hace largo tiempo, y confío que me otorgará la suya como á un ver-

dadero amigo, pues para mí las palabras tienen un sentido y no son vanas. Espero su contestación á mi carta, y podéis asegurarle que deseo tener con él relaciones íntimas, las cuales pueden ser á menudo más útiles que las puramente oficiales, entre personas nacidas para estimarse y amarse. Que se dirija á mí por escrito, ó confidencialmente por vuestra mediación, y contestaré también con franqueza; tal vez no seamos siempre del mismo parecer; pero explicándonos así directa y francamente, acabaremos por conciliarlo todo y entendernos.»

Después de esta conversación, el tsar, pasando desde el despacho á su salón particular, señaló al general un gran cuadro de Horacio Vernet que representaba una revista de Napoleón I en las Tullerías. «Ved, le dijo; quince años hace que tengo ahí ese cuadro á la vista.»

El general de Castelbajac terminaba así el escrito en que había relatado su conversación con el tsar: «No olvidaré observar que las primeras palabras que el emperador Nicolás me dirigió fueron pronunciadas delante del primer maestro y del ayudante de ceremonias, y por lo tanto oídas y destinadas á circular. No dudo que hagan acudir á mi casa á los cortesanos rusos, tan bien disciplinados.»

Según acabamos de probar, el lenguaje que el emperador de Rusia y el de Francia usaban uno con otro á principios de 1853 no era en modo alguno el de adversarios irreconciliables. En aquella época no había en las cancillerías, ni en la prensa, ni en los salones, ni en la opinión pública, el menor síntoma que pudiera inducir á sospechar la probabilidad de una guerra inminente entre los dos imperios. El representante de Napoleón III en San Petersburgo era *persona grata* para el tsar; y si el soberano ruso hubiese enviado á la corte de las Tullerías un diplomático animado respecto á Francia de disposiciones análogas á las del general de Castelbajac hacia Rusia, creemos que se hubiera establecido la buena inteligencia entre las dos grandes naciones, que lejos de envidiarse y de hacerse la contra, hubieran podido compartirse amistosamente la hegemonía de Europa, Francia en el Occidente y Rusia en el Oriente. Con algunas mutuas concesiones los *dos buenos amigos* hubieran podido concluir por profesarse los sentimientos de *dos buenos hermanos*.

Por desgracia no fué así, y el emperador Nicolás, en vez de tener fe en Francia, se volvió hacia Inglaterra, de lo cual debía arrepentirse amargamente más tarde. El 9 de enero de 1853, en una reunión celebrada en el palacio de la gran duquesa Elena, decía al embajador de la reina Victoria, Sir Hamilton Seymour: «Es esencial que vuestros dos gobiernos puedan conservarse en la mejor inteligencia..... Cuando estamos de acuerdo no tengo la menor inquietud respecto al Occidente de Europa, pues lo que otros piensan en el fondo es de poca importancia..... Tenemos entre nosotros un hombre enfermo, muy enfermo, y sería gran desgracia que uno de estos días se nos escapase antes de adoptar todas las disposiciones.»

El 14 de enero, el soberano ruso llegó hasta formular en una conversación

con el embajador inglés un anteproyecto de repartición. «Los principados danubianos, dijo, son de hecho un Estado independiente bajo mi protectorado, y ésta es una solución susceptible de continuar. Servia puede recibir una forma de gobierno análoga, y también Bulgaria; de modo que no hay razón, en cuanto yo sepa, para impedir que ese país sea un Estado independiente. En cuanto á Egipto, comprendo perfectamente la importancia de ese territorio para Inglaterra; y todo cuanto puedo decir es que, en caso de repartición después de la caída del Imperio otomano, no tendré ninguna objeción que hacer si Inglaterra se posesiona del Egipto. Lo mismo diré de Candía; esta isla puede conveniros, y no sé por qué no habría de formar parte de las posesiones inglesas.»

No tan sólo rechazó el gobierno inglés los ofrecimientos del tentador, sino que dándolos publicidad, á pesar de su carácter confidencial, mandó incluir el informe entre los documentos diplomáticos comunicados al Parlamento. El objeto del emperador Nicolás había sido atraer á Inglaterra á una repartición de Turquía, excluyendo á Francia; pero esta tentativa fracasó.

Preciso es confesarlo: el tsar, á pesar de la simpatía que manifestaba al general Castelbajac, no le hizo en ninguna época proposiciones análogas á las que dirigió á Sir Hamilton Seymour. En el fondo no había visto con agrado á Luis Napoleón transformarse en Napoleón III, y á pesar de los buenos deseos del soberano nada hizo tampoco para ponerse de acuerdo con él formalmente. Se puede afirmar que Francia habría aceptado la alianza rusa que Inglaterra desechó. Si el emperador Nicolás hubiese dicho al general de Castelbajac lo que dijo al embajador británico, no hubiera tenido lugar la guerra de Crimea, los días de Tilsitt hubiesen vuelto y la faz del mundo habría cambiado.